

sobre la evolución del pensamiento geográfico. De la misma forma, también puede hablarse de esfuerzos similares en el campo de la Psicología y de otras ciencias de la instrucción que conducen a sistematizaciones de todos conocidas. Pero relacionar sin más ambos extremos puede resultar excesivo, por apasionante que, en una primera lectura, pueda parecernos el empeño. Todo lo más, podrían establecerse relaciones en el campo teórico, analizando los componentes epistemológicos comunes que subyacen en distintas tendencias de ambas ciencias, pero utilizar los enfoques psicopedagógicos como pautas de aplicación sin más a la enseñanza de las diferentes tendencias del pensamiento geográfico exigiría alguna reflexión previa más matizada.

Lo que sin duda resulta interesante y creemos de gran utilidad para el docente, es el análisis que se hace de las distintas perspectivas del estudio urbano según algunas de las tendencias geográficas aludidas, y su correspondiente aplicación al terreno didáctico, tema que el autor demuestra conocer y sobre el que ya ha realizado algunas interesantes aportaciones con anterioridad.

El libro contiene un apéndice sobre conceptos, fines y objetivos de la enseñanza de la Geografía, según distintos autores, así como un cuidado repertorio bibliográfico, lo que convierte a esta obra en una nueva e interesante aportación que debe conocer todo profesor de Geografía y Ciencias Sociales.

Fernando Arroyo

DEWEY, J.

Democracia y educación

Madrid: Ediciones Morata, 1995, 319 págs.

John DEWEY (1859-1952) es uno de los principales representantes de la *escuela activa* y se considera el fundador de la *educación nueva* en América. En 1891 creó la Escuela-Laboratorio en la Universidad de Chicago, de carácter experimental, donde puso en práctica sus teorías. La importancia de su obra y la influencia ejercida en algunas de las corrientes educativas actuales, le han convertido en uno de los clásicos del pensamiento pedagógico moderno.

De sus escritos relacionados con la enseñanza, el titulado *Democracia y educación* (1916) constituye su obra principal, en la que traza las líneas básicas de su ideario educativo. Al elaborar su teoría, Dewey pretendía ofrecer una alternativa a las corrientes pedagógicas más destacadas de su tiempo y, con ello, se adelantó a sus contemporáneos en muchos aspectos; de ahí proviene la vigencia de su obra. En este libro, que inicia la colección "Raíces de la memoria" de la Editorial Morata, se abordan los principales problemas relacionados con la enseñanza. Distribuido en veintiséis capítulos, contiene lo que viene a ser la filosofía de la educación de este autor y cuestiones como el método de conocimiento, los procesos de aprendizaje y los contenidos de la enseñanza.

John Dewey rechaza la separación que suele establecerse entre el proceso y los fines educativos, por lo cual éstos no pueden ser extrínsecos al individuo. Pero, al mismo tiempo, atribuye a la educación una indudable función social, en el contexto de una sociedad genuinamente democrática más allá del modelo de la democracia formal. Por esto vincula estrechamente la enseñanza con la vida, entendida ésta como un proceso de adaptación del hombre al medio-ambiente en continua interacción entre ambos. A pesar de su orientación bióloga, propia de la época, se refiere explícitamente al papel del *medio-ambiente social* que comprende las costumbres, las instituciones, las creencias, los valores y las actitudes. Asigna a la escuela una misión integradora, como medio de superar las diferencias sociales. Por ello la función de la instrucción es ofrecer un *ambiente significativo*, para formar mental y emocionalmente al individuo, orientando su conducta, y construir una sociedad mejor.

Concibe la educación como un proceso activo y constructivo, como una constante reorganización y reconstrucción de la experiencia, de ahí la importancia que atribuye al interés del alumno en el aprendizaje y la instrucción. Se opone tanto al intelectualismo propio de la teoría de la disciplina formal porque no es útil en la vida, como al materialismo didáctico característico de la enseñanza tradicional, basado en la acumulación pasiva de conocimientos, que atribuye a las materias de estudio un fin en sí mismas.

Su monismo metodológico le lleva a rechazar la división entre cuerpo y espíritu, experiencia y razón, teoría y práctica. Desde el punto de vista didáctico, destaca la importancia del *saber hacer* en el proceso del conocimiento frente al mero *saber*, considerando a ambos como elementos indisolubles. De este modo, el conocimiento procedimental, relegado a un papel subsidiario anteriormente, pasa a desempeñar un primer lugar en la enseñanza y adquiere pleno sentido en el aforismo “aprender haciendo”. Señala que la tradicional separación entre teoría y la práctica es fruto de la división social, reflejada en dos formas diferentes de instrucción, una de carácter literario para las clases ociosas o grupos dirigentes y otra de signo utilitario para las clases trabajadoras.

Asimismo, John Dewey se muestra partidario del método experimental, propio del conocimiento científico, prescribiendo su utilización en el aprendizaje escolar. Concibe el pensamiento como un proceso de indagación en el que se parte de un problema, se recogen datos mediante la observación, se formulan hipótesis y se hacen las comprobaciones pertinentes. Esto va unido a la preeminencia del método heurístico, que fomenta el pensamiento divergente, y al reconocimiento de diferentes formas de aprendizaje por parte de los alumnos. Por ello se le considera precursor del *aprendizaje por descubrimiento*.

Afirma, sin embargo, que el método no puede ir separado de las materias de estudio, que tienen como finalidad transmitir los significados de la vida social, los elementos esenciales de la cultura. No obstante, distingue el contenido de la materia sistematizada tal como la conocen los expertos, el maestro, y el punto de vista desde el que ha de ser abordada por el alumno como aprendiz. En el primer caso los contenidos se interrelacionan lógicamente, mientras que el alumno los relaciona respecto a sí mismo. El criterio que debe seguirse al elaborar un plan de estudios es el valor social de las materias de enseñanza. Para Dewey la ciencia es eminentemente educativa, en cuanto contribuye al progreso y a la mejora de las condiciones de vida de los hombres. Pero el conocimiento de la naturaleza y de las actividades humanas, del presente o el pasado, no pueden ir separados, por la íntima conexión que hay entre el hombre y el mundo físico.

El *juego* y el *trabajo* tienen un papel esencial en sus concepciones didácticas, puesto que crean situaciones reales para solucionar problemas y, por tanto, aprender. El *ocio* en el pensamiento de Dewey también debe ser objeto de la educación, como contrapunto del trabajo útil, pero sin caer en la oposición tradicional entre educación profesional y educación intelectual. En una sociedad democrática todos los individuos han de tener acceso al ocio y el trabajo, evitando en la enseñanza el dualismo cultura-utilidad y la distinción inteligencia-emociones. En definitiva, no puede haber divorcio entre *escuela* y *vida*, y el conocimiento adquirido a través de la instrucción tiene que estar estrechamente relacionado con las actividades de la vida social.

Estos son en síntesis los conceptos fundamentales desarrollados por John Dewey en esta obra que, dada la vigencia de las cuestiones planteadas, pueden servir para esclarecer algunos aspectos de la actual práctica educativa. Su lectura permite dar una visión amplia del proceso de enseñanza-aprendizaje, superando ciertos límites del modelo tecnológico establecido por la teoría curricular.

Julia Melcón Beltrán

**GARCÍA MADRUGA, J.A., MARTÍN CORDERO, J.I.,
LUQUE VILASECA, J.L. y SANTAMARÍA MORENO, C.**

***Comprensión y adquisición de conocimientos a
partir de textos.***

Madrid: Siglo XXI, 1995, 164 págs.

El libro que presentamos reúne varias características que hacen que su lectura pueda ser de gran provecho para todos aquellos interesados en la comprensión del discurso y la adquisición de conocimientos a partir de textos.

En primer lugar, ofrece un marco conceptual muy actualizado desde el que afrontar tanto los trabajos de investigación sobre la comprensión como el diseño y desarrollo de programas encaminados a facilitar la mejora de la comprensión lectora. Los autores señalan que la comprensión del discurso tiene como resultado la construcción de una representación mental de su significado, de un modelo situacional que da cuenta del estado de cosas descrito en el texto en el que se integran lo expresado en el mismo y lo ya conocido por el sujeto. Partiendo de estas ideas, los autores describen, por un lado, los procesos de transformación de la información que tienen lugar desde que ésta se recibe hasta que la representación de su significado ha quedado formada. Al hacerlo, prestan especial atención a la descripción del papel que desempeñan los dos tipos de variables que influyen en dicho proceso, a saber, la estructura del texto y los conocimientos del sujeto.